

MARÍA BARANDA

Nota introductoria de
JOSÉ MARÍA ESPINASA

Selección de la autora

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

COORDINACIÓN DE DIFUSIÓN CULTURAL
DIRECCIÓN DE LITERATURA

MÉXICO, 2017

Diseño de colección, nueva época: Mónica Zacarías Najjar
Fotografía de la autora: D.R. © Christopher Domínguez Michael

Primera edición: junio de 2017

D.R. © María Baranda.

D.R. © 2017, Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, Delegación Coyoacán
C.P. 04510 México, Ciudad de México
Coordinación de Difusión Cultural
Dirección de Literatura

ISBN: 978-607-02-9385-6

ISBN de la serie: 968-36-4324-8

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

Impreso y hecho en México

NOTA INTRODUCTORIA

La poesía de María Baranda

La naturaleza es un horizonte para la humanidad, fuente del lenguaje a la vez que alternativa frente a la que se levanta el sentido, y en ese telón de fondo se dibuja una paradoja extrema: la poesía es a la vez naturaleza y artificio, sentido divino y significado humano, comunicación y alteridad, puente entre las dos orillas del río.

En pocas obras como en la de María Baranda eso se manifiesta de forma tan evidente: arraigo y nomadismo, ritmo y lenguaje al servicio de un canto. Desde sus primeros poemas —*Fábula de los perdidos* (1990)— hasta los más recientes —*Ávido mundo* (2005), *Ficticia*, (2006), *Arcadía* (2009), *Yegua nocturna corriendo en un prado de luz absoluta* (2013)—, son eso, precisamente: un canto coral en el que las voces de distintos niveles —míticos, históricos, personales— celebran la existencia del mundo, el paisaje y las cosas, las personas y los hechos, sin temor ante el momento en que esa vida duele. Poesía con plena conciencia de serlo, no deja por ello de venir a los labios, a la boca o a la garganta como un hecho constitutivo de la condición humana.

Su poesía, gracias a esa conciencia, busca iluminar e iluminarse desde dentro mismo del lenguaje —evidente su riqueza de léxico y sus registros musicales— a la vez que encarna en el tiempo como una narración. No cuenta una anécdota: refiere una historia, despliega su acontecer como duración a la vez que como mutación. Se acerca en ese sentido al ejercicio proustiano de la memoria pero que se ejerce no sobre

un pasado que hay que recuperar, sino sobre un presente que hay que habitar. Por eso al hablar de su poesía viene con frecuencia a la boca la palabra respiración. Los cantantes, antes que a cantar, aprenden a respirar, y es en esa sístole-diástole del aire que el canto encuentra sus acentos.

Basta buscar la definición histórico-mitológica de arcadia para entender que entre los poemas de hace treinta años —*El jardín de los encantamientos*— y los de hoy hay un mismo camino, diversas utopías realizadas, paraísos encontrados y vueltos a perder, porque la poesía es como la vida un incesante cambio y una anhelada permanencia. Y no me refiero a que en *Arcadia* no sean reconocidos los ritmos y acentos de María Baranda (lo son), sino a que, parafraseando un lugar común, nunca cantamos la misma canción, siempre es otra y tal vez, sólo tal vez, esa condición otra sea la que impida que el canto permanezca y haya que estar todo el día cantando.

Igualmente, en *Víbora* María Baranda prosigue su introspección, su anagnórisis siempre renovada, y sabe —sabiduría de escritora— que la serpiente y no sólo Adán y Eva fueron expulsados del paraíso. Pero desde el principio la autora nos dice que la voz tiene una condición fundadora. Como lector de su obra no deja de sorprenderme la evolución de su poesía hacia elementos referenciales distintos, en los que lo exterior se vuelve interior, y de allí la condición de una corporeidad más acentuada, que siente hacia adentro. De allí también cierto dolor. Por eso cuando el poema nos señala, con ecos rulfianos, “vine a decirte lo que me dijo madre que te dijera”, la voz se enclava en la garganta, clave y clavo de su escritura.

En esa duración lo que ocurre no es exactamente el poema, más bien se trata de la poesía, aunque se

concrete en un texto. María Baranda, siendo una escritora visual, no recurre a las imágenes aisladas, pero sí a su continuo narrativo, ésa es la manera en que el paisaje ocurre y también —por qué no— la vida, que es la manera de designar el paisaje cuando ya no está allá sino aquí, y nosotros dentro de él habitándolo. Más que poesía de la existencia poesía de lo existente, variante terminológica que nos permite entender la intensidad que transmite a sus lectores, intensidad desde la cual se le lee para corresponder a esa disposición. No es fácil encontrar poetas así en el mundo actual y debemos celebrar su presencia entre nosotros.

JOSÉ MARÍA ESPINASA

NOTA BIOBIBLIOGRÁFICA

María Baranda nació en la Ciudad de México en 1962. Es autora de varios libros de poesía, entre ellos *El jardín de los encantamientos*, *Fábula de los perdidos*, *Los memoriosos*, *Moradas imposibles*, *Nadie, los ojos*, *Narrar*, *Atlántica* y *El Rústico*, *Dylan y las ballenas*, *Ficticia*, *Arcadia* y *Yegua nocturna corriendo en un prado de luz absoluta*. Ha recibido los premios Efraín Huerta en 1995, Francisco de Quevedo en 1998, el Nacional de Poesía Aguascalientes en 2003 y el Sábines-Gatien Lapointe en 2015. La editorial venezolana Monte Ávila publicó su poesía escogida en el volumen *Ávido mundo* y la UNAM en *El mar insuficiente. Poesía 1989-2009*. Libros suyos han sido publicados en Bélgica, Canadá, Estados Unidos, Inglaterra y China, y sus poemas han sido traducidos a varios idiomas. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

ARCADIA

También romper la tierra tiene la escritura del sueño

JOSÉ LEZAMA LIMA

Yo era tierra.
Yo era calle, polvo, casa.
Yo era el padre y el hijo, la hija y la madre y el
tiempo,
el lodo y la sombra y su largo camino de madres.
Yo era propia y rodeada como el fuego, veraz
y fecunda en el olvido.
Yo moría bajo la luz imperceptible de una tarde a
finales de invierno.

Fui mancha, fui polvo, fui grano de arena e insecto
aplastado en el vidrio.
Fui azogue, fruición, simulacro, circunstancia y
vestigio.
Vestigio y mareo en la nervadura de una frase,
en la fría colocación de la palabra en el texto.
Fui texto.
Fui hembra parida en las palabras del cuerpo.

Cuerpo comprobado y continuo, cuerpo entero y
sin saberlo,
cuerpo rodeado de sujeto: hundido. Cuerpo en el
ojo: impreso.
Cuerpo sellado al borde del cartílago,
cuerpo de mí,
cuerpo de quién,
cuerpo ciego.
Cuerpo en el descenso del infierno
y en la apócrifa sal del paraíso.

Cuerpo a las tres de la tarde cayéndose de mi cara,
máscara usada
en las letras, chorreando capitolina y azarosa.
Inmóvil, sí,
en la esquina: niña figurada en el verbo
en la sangre corriendo en las afueras de algo,
en el principio de algo, en la cima imperfecta del
ojo
y el ojo puesto en la mano despierta y reseca,
la mano que gira
y abre la sorda circunstancia,
la espera de un principio, una fábula sigilosa
en un lugar muy extraño.
Toda la eternidad a las tres de la tarde.
El mundo en un punto fijo, en un minuto exacto,
en la esquina revelada por la luz de los sueños.

Cuerpo de mí,
cuerpo de quién,
partícula abriéndose paso en cada diminuto tablón
de la falda escolar, de la Pléyade y su abertura en
el mundo,
en el Sur por el humo, en el Norte dibujada en el
rostro
de seres fluviales, metamorfosis simples que pasan
a milímetros de mi yo, asidero y filamento, borde
diseminado,
borde mediterráneo, borde en el ojo que arde
y transpira la sal y la carne, la piel diferida en las
comisuras del texto,
hacia adentro rozando la estructura de trabes
y frisos,
uniones mecánicas, ánforas donde siempre aguarda
la cercanía
como un punto en la piedad, una gota en la fuente.

Uva de mí, en mi vientre,
un apenas vivir.
Un vivir en los ojos que anuncia su mar, su río
de ciudad interior, lineal y tejida en lo adentro y en
la astucia
de ser, de estar en un zócalo de palabras hambrientas.

Vena superior,
almacén de tejidos y glándulas que se agitan
en sus calles y recovecos como una sola matriz
solar.
Todas las avenidas y su blancura de muerte,
su borbollón de semejanzas y diferencias,
de furiosos encuentros sangre a sangre,
verbo a verbo por los intersticios de la piel y sus
catástrofes.

Vaticinios del sol:
La dura seca tierra de la piel cayendo en sus
escamas.
Roncos bramidos de esa tierra que se hunde
mecida por las olas, unas olas distintas.
Falsos ceremoniales.
Inconfesables promesas de un amanecer que no
llega,
que no está,
que se disuelve en el aliento de una piedad ya
perdida.
Todo se evade:
desde la sangre del árbol detenido
a la mitad del sueño hasta esa pequeña muralla
construida
con la paciencia de una hoja, una página distinta
donde la lluvia vino a dejar el canto equivocado,
la palidez de una frase no dicha,

el aliento buscando otra salida.
¿Y él, dónde estaba?

Ciudades que caen de mi boca
como trozos de un mapa inventado.
Sombras que se ocultan tras otras sombras
en lo profano de la piel,
en lo impensable del silencio.
Sentidos descubiertos en la punta de un arpón
falso,
de una lanza equivocada,
de una flecha que nunca da en el blanco
y que olvida la ruta,
como el estibador olvida su nuevo frasco de viaje,
la luz que alguna vez vio cómo se hundía
en la sentencia de un mar distinto.
Rostros anudados junto a la paz de una ventana.
Éxodos en un país que rueda de otra manera,
con el código de una distancia disuelta,
una forma impenetrable en que se ocultan las sombras,
las otras videncias de lo que no se es
y que no se sostiene
ni en la orilla de una canción olvidada.
Figuras que sonríen en la niebla.
Y un fuerte gemido que se escucha invisible junto
a otro abismo.

Fui célula. Parte cardenalicia
que rozan las manos en la ausencia,
el comienzo de quién,
con el peso de un cuerpo nuevo,
un principio de ser, una sed en el ojo
y en el ojo la total circunstancia,
la médula y sus caminos abiertos,
sus miles de formas curvas y rectilíneas

para el derroche de una sangre, el derrame en el
huevo,
el huevo y su sin embargo de animal y de cueva,
el dedo en mi sexo, el sexo como sustancia primicia.
Todo el huevo del mar
y sus rugidos de animal voraz,
animal que se mueve y que está detenido en el
tiempo,
en las nuevas metamorfosis de una ciudad interior
y vestal.
Ciudad que llega a mi lomo, lomo de bestia labial
de bestia con sabor a cielo, a café con leche para
el niño
en la mesa del desayuno seco.
Sabor a leche primera, leche derramada
en la escritura y sus lentas letras que avanzan
por la avenida en mi cuerpo,
cuerpo de quién,
cuerpo ciego
como una cantidad exacta,
un ruido que ruge en su fresca corriente,
en su estrecho obsesionante y fatal,
en su ser un simple *ferry*
que lleva a la gente de una orilla a la otra,
de un sueño que unge nuevos caminos, avances,
hoyos, contrasentidos, cansancios en la fiebre,
sustancias extrañas mentidas acaso por lo no dicho,
lo no escrito, lo no posible.
Toda una vida sin futuro y sin llegar a quién.
Magnitudes minúsculas,
límites impuestos por cargas milenarias
y momentáneas, conclusiones físicas y dolores
musculares,
civiles, feroces.
Perros solitarios en calles pobladas de luz y de basura.

Residuos de otras vidas.
Vidas que cargan sus propios miedos,
manchadas y llenas de tabaco,
de sustancias peligrosas, de finas partículas
donde no se vive, no se duerme, no se piensa
sino en la sal en el ojo. El ojo y su circunstancia
de vida.
El ojo y lo visto hace tiempo en una ficción ya
escrita.

Palabras que significan otras palabras
perdidas en años y años donde se sabe no hay
posibilidad
de la última cosa, la última distancia, la primera
frontera
del corazón y sus dagas de improviso. Vida sin
futuro.
Futuro que apesta como en los residuales de Homero
y su casa nocturna,
su asfalto de risa y su comezón en la piel.
Viñedos que esconden un punto, un resquicio
interior,
quizás una pausa
en el aire, en la serenidad que se busca
para narrar otro tiempo,
un tiempo mejor. Viento en el Sur.
Epidemia de esos sibilantes que surgen
de las venas cardenalias, de las temperaturas
fluviales
donde un mar arde en la garganta de quién.
Bordes y límites en las bocas.
Huecos donde no se consagra el anhelo y su
circunstancia,
su afinado sonido de campana, su peste de
eternidad

y su terror en los niños. Niños cuidados por mí
en mis manos abiertas como sustitución de la dicha.
Descomposturas de la cal y sus anillos de oro,
su frágil compromiso de torrente.
Su haber vivido veinte o treinta años
con el mismo plato, el mismo vaso interior.
Madrugadas infieles al sueño,
al primer despertar donde se recorta un rosal
y se clama una vida llena de hijos, hijos en los
vocablos,
hijos de noche y de día que detienen nuevas
banderas,
regiones impresas en el primer deseo y en el
último,
el que vivimos siempre junto a la luz de lo incierto.
Hordas piramidales.
Advenimientos de lo que no está o no podrá suceder,
como las elegías de Tibulo,
como el festín de Próspero en su isla de muerte.
Marcos referenciales,
teorías de una luz interior y sedante,
una hoguera del mundo y sus novelas,
historias contadas en otras caras,
unas caras extrañas,
unas caras que no conoceremos,
maquilladas por sótanos y rezos que consagran
y detienen el grito y su pulmón aledaño,
el aullido del Mármara y su futuro glorioso,
su no llegar a la isla de enfrente,
a la ciudad más vieja del mundo,
al continente detenido en la uva
y su descendencia de espejo.
Su no poder nombrar otra página
o escribir un cuento mejor,
un poema como clave del mundo.

Mundo en el grito,
en la más atroz desesperación,
con su nombre de amor
demorado en el cuerpo como si fuera un cielo
inferior.

Detonaciones.

Suaves mugidos del campo y sus estrellas de cobre,
su gallo que canta en la imperfección,
en la madrugada asestada de cosas no vistas,
no dichas, no soñadas,
sólo sentidas o presentidas
por un instinto suave e incomprensible,
un querer ser bacteria, principio,
animal en el animal de este mundo.

Falsos cordajes. Cuerpos enlazados en sitios
donde la lluvia resplandece en la nostalgia,
en el borde de secas batallas. Desprendimientos.
Amuletos en los cuellos de una tempestad escrita
como una música callada,
la partitura inconstante de un pájaro abierto
y mínimo que pondera la suavidad del aire,
la lenta aparición de una sed de mañana.

Reclamos en los pies a la sed
y sus finos trazos en la arena,
en el exilio de unas letras convocadas
y el oscuro corazón que resucita a los truenos.
Nudos junto a los barcos de otros llamamientos,
despidiéndose en muelles improvisados de madera
dolorosa,
cerca de un Martín Fierro que toca otros cerros,
que cruza con su manto la fiesta descapotada
de los usos
o la paciencia reverberante de quien se asoma a
un coto.

Sonrisas que murmuran el gruñido del lobo junto
a la puerta.
Laceraciones.
Tiempo de una piel dentro de otra piel escrita.
Dudas en el último comité de la noche y sus blancas
expiaciones.
Colinas lentas donde las moscas devanan la
desesperación
de un primer relato, un momento en el principio
de las cosas,
de los yerbajos que anima la lluvia solamente
para ungir la máscara,
la faz de una tierra sembrada donde nadie encontró
la promesa,
el hambre de un río sin escrúpulos que al paso
de sus aguas
desató las vendas.
Guardias cifrados en la frecuencia de lo no dicho,
lo no escrito, lo que produce un resquemor de viento
en el rumor del fuego. Ráfagas sumergidas entre
la cal
y el salitre indeterminado, sobrepuesto a una
historia
desvanecida y menos audaz que el olvido.
¿Quién canta?
Toda mi boca abierta a una carta que no llega,
una palabra anónima que resuelva el avance del
recuerdo,
la parte circunstancial de una célula.
Vastas exploraciones de un microscopio.
Lo visto: pequeñas arborescencias en la piel.
Fisiologías.
Estertores para dormir en el futuro,
donde no hay nada ni nadie,
en un tiempo inexistente,

una nueva fundación de la carne,
un camino desierto en una ciudad diferente.
Trazos de mundo, mundo en los bolsillos de la
tarde.

Tardes que caen de la mano,
pétreas.

Fábulas en un sol de exilio.

Tribulaciones para la voz del público.

El mar, ahora, es una lanza de miedo.

El miedo y sus uñas de profecía,

sus lentos rasguños que hunden todo el dolor
en un domingo en el campo.

Secas planicies.

Casas desaparecidas en una vegetación imposible,
lejos de la lepra y de los desprendimientos del
sueño.

Visitaciones de la infancia en ruinas,
en la apostasía que aún tortura la calma de quien
viaja.

Vírgenes en la llanura proscrita,
en las finas ligaduras de un misterio
que está en la linterna de un niño
como si fuera un tiempo inmóvil,
un largo trazo de luz incierta.

Hogares que no tienen nombre,
que guardan en el blanco sudor de un pañuelo
la barda de la miseria y el llanto,
la posibilidad de encubrir un beso.

Un beso y su paso de miedo.

Un beso y su andar taciturno en un cuento.

Miel en los pozos,

cielos feroces suspendidos en las dunas del piso.

Formas donde la niebla unge

la nueva atmósfera bajo otras palmas,

resquemores de un trópico desconocido
entre esas peñas irresistibles,
piedras de artificio dedicadas
a hundir las manos más íntimas,
las alas más precoces
cuando levante el viento.

Todo el mundo detenido en la esquina de mis trece
años,
de mi nuevo mundo escrito por mi piel.
Boca abierta a los tantos gritos interiores,
al nuevo magma que me recorre
desde entonces como una letra negra que avanza
sorda
y puntual y verdadera. Todo el mundo en la esquina
de Insurgentes y Revolución, a miles de años en
miles de vidas,
de momentos sutiles e íntimos, de tiempo guardado
en las venas,
en las venas donde fluye la luz
como la esencia verbal de las cosas,
la materia del brazo,
la materia del sueño
y la mesa y la silla que siempre me aguardan,
como se espera una ciudad vestal. Una ciudad escrita
por mí y por mí vivida,
una ciudad es un fruto que estalla
como un sol desesperado,
un sol veloz en mi pecho adentro de mi corazón.
Todo en la punta de mi lengua
en la punta de la mirada
del filo que se ve y determina una forma de vida
un estar interior,
lo más último de las cosas y su perfil de gallo
en el alma.

Me fue dada la piel. Cúpulas abiertas a otras superficies.
Sonidos de pájaros extraviados con las alas cerradas,
con la luz de una llama posible y su rosario de verbos.
Húmedos trenes en un exilio previsto,
entre sábanas tendidas en los verdes desposorios de una iguana con la lluvia. Colores que petrifican los gritos en distintas lejanías, en la vibración de una palabra
caída como si fuera la nueva clave, el nuevo código del conjuro.

Salutaciones. Piel en mis ojos y en mi boca.
Días sin sombra sobre los días de sombra.
Nuevos atardeceres adentro de la lengua donde un mar devuelve su alfabeto de soles, sus otros poemas anulados en la primera sal, en la espuma teñida de falsas temperaturas.
Nada se encausa,
sólo el movimiento del ojo y la cuña que exalta su pupila.

Cámaras en el cielo.
Vistas ocultas que descubren el reverso de la historia,
el recuento de lo que fue o de lo que pudo haber sido.
Siluetas desmanteladas sobre una mesa mal pulida, rayada por la vacuidad del alba.
Comidas apacibles en calles venturosas donde una letra avanza y destila otros ordenamientos, el frío mito de una extranjera en Tierra Santa con el relincho del azúcar en su fina blusa bordada.

Pequeños alfileres en sus tetas,
en el brillo que emigró de los ojos a la pista de baile
con la risa de un corazón saliente.

¿Quién estaba?

La madre con su fuerza de mar soplando ante la
brasa,
la hija y su negra boca que partía en dos el alarido
de la víctima y su próxima desgracia,
la mujer condenada, dormida en el fulgor de otra
plegaria
y el dios caído en su silla con su tea de resina y
su latido
abandonado en la discordia del plato. Inenarrable.
Sucias nostalgias dispersas en una tierra distinta
donde la puerta se cerró a las tres de la tarde.
Pero él, ¿a quién miraba?
Paisajes secretos envueltos en un roce de lima,
un cuerpo inquietante que pedía de súbito
las alas del cuervo
y la frágil sustancia para la vanidad de otras magias.

Jinetes en la estepa. Ladrillos crudos.
Pasan los días entre la confusión y el éxodo.
El sol ilustra a un dios desesperado,
una nueva forma de opinión sobre el arte en el tufo
de la hierba.
Brazos en lineamiento, relámpagos que habitan
el íntimo sopor de un nervio.
Absorciones que relajan la presión ventricular
y la proximidad del silencio.

Un perro ladra junto a un cangrejo que tiene una
vieja herida.
La medicina avanza, el cuerpo retrocede.

Lo que es piedad, es una imagen del sentido,
un puerto desorientado por el clima,
un folleto de líneas intraducibles
donde el huésped aloja su paz con una seña
secreta.

El perro se retira, muere el cangrejo.
Fríos desbocamientos de la piel y su apertura,
iones que se filtran en la región del sueño
hasta tocar las células cardenalicias
pintadas en un Atlas de azul y de amarillo.
¿Quién habla?

Queda la boca abierta.
El cuerpo deja el cuerpo hasta ganar altura.
Calles de papel en el ruido de los loros.
Simples conversaciones
que asordan la capacidad cardiaca,
el fracaso de una transfusión
como una carta que arde en el recuerdo.
Líneas extinguidas para los ojos cerrados,
costras donde los niños fueron la otra parte de
la noche,
el exilio anterior en la sutura del cuerpo.
Todo fulgura.
Su nombre dice que su mano está detrás de
la victoria,
de esa falsa lejanía que aún cruje como un sollozo
de la edad,
de su orgullo de dios arrasado en un relincho de
la carne,
un breve momento para otras situaciones.

Quimeras en las hojas del verano,
en la parte apócrifa acostumbrada a lo habitual,
a sacudir la mugre en los resquicios de la uña,

en el recuerdo de un paladar
que casi lame los cincuenta años,
los cincuenta pasos que se doblan
junto a un corazón encantado,
un respirar la forma de nuevos advenimientos,
cicatrices tatuadas en un viejo nopal.
Ahora, cuando los ojos están llenos de miedo
y el humo dispersa a los pájaros del aire,
el aliento es cada vez más cercano a la tierra,
con el peso de una obra incompleta
desaprobada por las fábulas de otro lugar.

Insecto aplastado en el vidrio, en la configuración
del ser
y sus recuerdos.
Tristes noticias. El viento del Sur ruge en el Norte.
Crustáceos en la punta de la lengua.
Mares remotos que ungen su espuma en nuevas
biografías.
Situaciones donde la piel se incrusta
en la concha de un bivalvo
hasta cambiar el suave sermón de sus sílabas.
Fue en primavera.
Las hojas apreciaban la tierra con un lenguaje
preciso.
Todo era menos denso cuando la voz,
con su oferta de cal y miedo, se hacía más espesa.
Se vencían los muros, el corazón dilatava toda su
fuerza
en el azar de una fiesta a la entrada de la colmena.
Lentas apariciones de la abeja y su deseo,
su vértigo de vida en la parte más delicada de la hoja.
Y no había ímpetu para detener su vuelo,
el aguijón se aproximaba al dolor de la bestia
y su triste condición de herida.

Yo era esa marca intolerable,
la ramificación del lecho, la piedad del escorpión
y su lento círculo de fuego. Tuve delante mío
el huerto habitual de las falsas delicias
con su barda sentenciosa para espantar a las plagas.
La succión en el borde abría la posibilidad a otros
filamentos,
raíces disgregadas en el suplicio quemante de la
palabra.

Todo descenso fue llegar a la lengua
que imagina y pateo el crisol de la larva. Bellas
costumbres.

Todo era ajeno en el polvo y la profusión
de aquella ciudad que empezaba a emplumar
otra beligerancia, la sorpresa mordaz como un tajo,
el corte de cada segundo y los segundos negados
palpitando en su ajuste de eco y de nuevo silencio.
Todo como una herida capilar y la congestión de
su órgano

dilatado en el flujo de los pequeños fermentos
en la transformación de sus calles,
de sus rampas de sobrevida, de sobresueño, de
sobremuerte.

Otro era el tiempo en el verbo debajo y sus zonas
distintas.

Zonas del corazón empapado abiertas a la higuera
y sus frescos frutos para la consolación
más profunda.

Zonas que dejan palmas depuestas a la orilla de
un punto
como si fuera un silbido casual que anuncia lo que
no es,
lo que no está,
en la fragua de la lengua en un tiempo imperfecto.
Corredores para los lobos,

tiempo de sal junto a los niños.
Alguien camina entre las ruinas de una ciudad
perdida
y en su dulce oscuridad determina el sitio,
la nueva oración donde estalla el olvido.

Auscultaciones.

Partes caídas de la lengua en otro territorio,
en el canto abierto de la flor en la mañana
junto a las plumas del búho.

Verdes oscilaciones de la luz ante los ojos.

Descripciones.

Era más fácil morir que dejar el tiempo
en el cucharón de Homero.

Caminábamos por una sola calle,
una muestra de lo que fue transido
murmurando otros vértigos, una parte de la piedad
en templos caídos de nosotros, incitando
el blanco de las piedras, su frágil fatiga
que aún se esculpe en cada rostro borrado,
en cada ráfaga de un infinito que jamás comienza.
Cada lado de vida en una casa, cada separación
del grito en la orfebrería de las lajas instituidas
en otros huecos, monumentos sin paz ni testimonio
en ceremonias idiotas para salvar el ojo.

El ojo y su razón atroz y sin futuro.

Canales en las raíces de un árbol y ahí,
como si fuera el pergamino hace tiempo buscado,
la precisión de la Virgen y su razón de mundo.

Mundo en los ojos.

Mundo en las manos y en las piernas.

Las piernas abiertas para la lenta dilatación de
la que sangra.

Hablo de la que fui.

La que hizo del texto su figuración de vida.
La que un día vio las duras dunas de la sal como
escenario
posible e inmediato, como borde de otra realidad,
donde se escribe y se dice lo contrario, palabras
inasibles,
curiosas, olvidadas, pudriéndose en eso que no soy,
que no fui,
que no quiero llegar a ser. Ser sin movimiento.
Pero todo esto no es sino una hoja imaginaria,
un momento que no existe, un hilo de vida
inventado
entre la tinta y el papel, entre mis ojos y lo que
miro, frágil
palabra convocada a la mesa de nadie, al asilo del
animal
sediento que se oculta en mis letras, en cada uno
de mis acentos.
Golpeteos de la máquina y su fino bordado en el
papel.
Seres que habitan la posibilidad de otra cosa,
un llegar a ser uno en la ausencia desprendida del
verbo.

Llega la noche. Afilo mis lápices, abro los labios
para la irrupción total, definitiva, hasta perderme
fluyente y bestial, desatándome, dando a mi yo
invisible
su pasado de piedra y los tristes sucesos: un roce
apenas,
un latido en el cuerpo, un margen que rebasó
todo acotamiento, el rastro húmedo donde advertí
la huella
y su impulso más íntimo, la sustancia enlazada
a otros padecimientos, a los días y sus lentos minutos

de espera y espanto, a la oscura fijeza de un hogar
astillado
con su índice de madreperla, de radiación fulgurante
en su grano,
su marca de polvo y reverso, de viento reposado
donde no hay nadie ni nada tan sólo el asombro de un
noli me tangere, el “nadie me toque” del botánico.
Frutos abiertos a la desolación del día, al paladar
de la tierra dilecta y su noción de fuerza.
Sabores ajenos. Hábitos casi agrios, casi verdaderos,
en una conversación por teléfono.
El sol, ahora, resplandece en su justa distancia,
en el sopor de otros cuerpos que encausan la gracia
y la ablución de quien clama una vida distinta,
un lugar de paz en la ceremonia del sueño.
Rojos lineamientos entre las venas,
casas invadidas por el oro y su amuleto de vieja,
su larga sonrisa animal bajo una falda y sus nuevas
promesas.
Latidos donde el amor se ramifica en un espejismo
de finas palabras que arden como la sangre seca.
La fuerza del puño embiste la piedad del que vive
y fortifica una señal sin reposo, un momento
asediado.
Se extiende en una zona extrema.

El rostro es el vigía. Queda la edad marcada por
las venas,
la espesura que se despliega como un viento
por toda la casa y sus silbidos, sus comunicaciones
de vértigo
que sostienen un tiempo nuevo. Auroras lejanas.
Sábanas en la transparencia de un músculo
y su triste apariencia de vida.
Un rostro es siempre esa multitud de palabras

que enmarca la ebriedad de la muerte. Y del día.
Serenidad. Tiempo que ahonda en las grupas
y flota como un deseo perdido.
Exclamaciones que arden en la melodía que invoca
un ciego.

Ciego de qué o de quién.
Risas inmemoriales sobre lo dicho en la aurora.
Cruzamientos.

Vasijas donde la sed es el anuncio
de un tiempo feliz y monocorde,
una serenidad buscada como si fuera
el bosque de un mendigo,
la selva celeste y sin remordimientos
para el paso de un triste caballo
en el fulgor de un corazón que exalta
una vida sin pausas, en lentos capítulos,
donde no hay ebriedad ni relámpagos.

Texto derramado. Texto en el cuerpo.
Cuerpos que se abren a la dilatación de otro tiempo.
Situaciones donde la fe se une a la piel
e instila en su hueco, en la parte ventral del sueño,
su palabra de sed palpitando en mis muslos
a la espera de una renuncia acordada,
un río aciago que confine su suave rumor
para decir que está, que es, que llega
con su vasta similitud ahogándome,
queriendo inventarme entre sus dientes y su lengua,
a un paso de lo que fue, de lo que hará
desmenuzarnos
en la lenta combustión de lo posible.

Hablo para decir mis ojos. Rayas
desdibujadas en la flama que se demora en mi pecho
desde un idioma que comienza. Volver a decir las letras,

alfabetos de sal raídos en los huesos. Soles
que arden en la otra orilla, sustanciales rastros,
supuraciones. Todo mi cuerpo es texto,
vida que sale abierta en los renglones dichos.
Nombre lo que no alcanzo,
lo que tuve de mí en mi áspera piel
como quemante hoja en la judicatura del viento.
Nada sirvió de lo que amé.
Ni la rotura que abrió los labios hacia otras
 guarniciones,
ni el cordaje del cíclope en el vendaval oculto,
 el privilegio
de haber besado unas manos en las manos del hurto,
la dimensión exacta de otras arterias
fervientes y desvalidas donde fluyó aquello
que del mar fue seducción y fuerza, lugar y casa,
vida marcada en la primera apostasía de la infancia.
Cuánto de piedra gris queda en silencio
con su paño lodoso y su fuego que arde en los
 poros.
Cuánto se excede el tiempo
en su propia utopía desvencijada
como un limo en la profundidad de la palabra.
Lo que toqué en la aurora fue decir la vida suave,
la dulce forma de lo que no se reconoce
donde claudica una lengua lejana y apartada.
Hube de mí dejado la última fila,
el sitio invariable a la verdad
y su severa condición de pertenencia.
Otros momentos como un teatro elegido
recién fundado en el cielo de una tribu
y la súbita ausencia de su paso. Algo
quedó perdido en el espejo donde una emoción
se vio temblando en el primer párpado y en
 el segundo

cuando el pez tuvo otra vida en el resplandor
del agua.

Digo la sed desde mis labios.
Tiempo diluido en los límites de quien no canta.
Tiempo que se recupera en la noción de un verbo,
de un pasar anterior a lo dicho,
a la espera del roce y su paso de mano,
su fluir por el cuerpo.
El cuerpo y sus reconocimientos,
la parte recuperada en un trazo, una pequeña
noción
de lo que se es en una ciudad habitada por agua.
Todo el subsuelo de lo que se piensa,
se vive de cierta manera,
se fluye.

Cuerpo restringido
habitado en las púas del silencio,
construcciones del hielo y sus finos prismas
de ablución,
catedrales de filigrana y luz donde un vitral señala
lo incierto,
lo que jamás estará o podrá suceder. Formas del ser
sin punta, sin el vértice de una línea recta.
El cuerpo equivocado.
La casa errónea y el tiempo perdido y seco
abierto a otros confines. El aire ahora
es un aire ausente. Pierdo la complexión.
Mis brazos me recuerdan un mar grave
y servil, un poco de tinta adentro del bolígrafo.
Todo es duda como la quietud del agua.
De nuevo llega el perro junto a la soledad de mi
piel.
Morirá pronto y las hormigas harán de él

otro festín. Cruces en lineamiento.
Manchas oscuras en el mantel.
La página es significado, tiempo roto,
como las limaduras del árbol.
El hambre escapa de mi boca,
animal de mí, pocilga de un fracaso.
No hay desafío ya si la noche es una con mi cuerpo.
El tiempo erróneo en esa niña parada en el sitio
equivocado, en la esquina rota de sus rotos años
como un peñasco de acentos ilegibles,
de canales abiertos a la determinación del instante
y sus fisuras de espanto e ilusión de polvo,
a la atadura más simple en la rama más baja de ese
árbol
donde no hay otra cosa que mostrar que el simulacro,
la parte abierta de la piel y sus cartílagos,
su abierta maravilla en el decir, en el construir
detrás de la lengua la nueva trampa en el nuevo
mundo
contra el día y su fuerza renovada.
Ahora ¿quién va a parir?

La retirada. El tiempo cae de una mano a la otra
entre la suavidad de las lágrimas.
Limpias planicies en las glándulas,
cuerpos en otros cuerpos que se desbaratan de
lejos.
El aire roe la casa con sus negras alas
y su aparición de mil noches caídas en mil labios
y su festín de tierra y paraíso, su nuevo anuncio
de la verdad,
su trote abierto al desarraigo, a una pasión constelada
como la voz del abismo, la voz que vira siempre
hacia otra realidad incierta y plena
pero que logra avivar su llama

como la lámpara más cierta en este mundo.
¿Quién sangra?

Quiero tocar el Mármara. Meter la mano
hasta lo más profundo, decir cada una de sus letras
y que chorreen de mí como una oscura baba.
Quiero decir una y otra vez su nombre
abrir la boca y supurar la herida
que aún no termina de formarse como una luz
en la ventana, un apenas brillo en lo más lejos
de nosotros al rayar el alba. Mar
en su noche harto de otra retórica, pastizal
donde hubimos visto la hora y su paciencia de
sierva,
la plenitud de la orilla sostenida en las manos,
el centauro obligado a la forma de la pregunta,
al testimonio que se recibe horizontal en el cuerpo
desgajándose entre las venas exactas
únicas y violentas, muriéndose en lo solo y
profundo
como una invasión de palabras escritas.
Todo lo que yo fui queda enlazado en el vidrio,
en la parte de luz y coto, el exacto fluir del
instante
inaudito e insólito que transita en las moléculas
del cristal. Y desde ahí mi mano y sus indicios
de ser, de criatura única de mí o más allá de mí
como una frase construida en el silencio, mi mano
que palpa lo que resiste, lo que se estampa y
trasmína,
lo que permite decir: estoy aquí y desde aquí
te amo
una vez y otra como la ínfima exhumación de la ola.
Palpa, también, lo que se ajusta a la llegada,
al umbral

donde se extienden eléctricas las letras, el decir
en la lengua, en la calle de antes, en el tiempo
de ahora.

Todo suscrito a los nuevos intersticios de la piel,
a las frases incorporadas en el cuello o los tobillos,
a los pedazos de página caídos de mis labios
abiertos a la sed, a la lengua que transpira golosa
y sucesiva en las secas vetas del cristal.

Mi lengua de mí que cae y se derrama,
se oculta y sostiene jugosa la sutura del alba,
mi lengua de pez en el cielo del cuerpo desdoblada,
mi lengua incontrolable y seducida, ventral
en el silencio, en el “un-dos-tres por mí” y
el escondite

de espanto, el no querer ver ni decir, ni siquiera
escuchar

lugares poblados de esfínteres y sonidos,
de tibios cuerpos recordados
en el límite de otros miedos, otros
pensamientos, otras figuraciones caídas
en otros espejos. Toda mi lengua sobreviviente
y casual, moridora y falaz en la zona que incendia,
en la parte que abraza abundante y rotunda,
¿la ves? Es el punto y el polvo, el azogue y el
grano,

la fruición y el vestigio, el simulacro de quién
en las afueras de nada, en el principio de nadie,
en el temblor inabordable de alguien.

Ploc-ploc-ploc. Llega el anuncio: una ciudad
es una boca abierta, el filamento que sutura el
verbo

adentro de los cuerpos. Todo penetra.

Desde la claridad de un tiempo ido como si fuera
una función simple y acertada, una membrana

para sobrevivir en el hueco, un dibujo en los poros,
un ir hacia la sombra para gritar: abrázame
en sólo un punto, bésame para poder hablar
desde el papel como si fueran los genitales
del olvido, los pies de nuevas cartografías,
los ojos seducidos en la tinta y sus senderos
evocados por la letra. Fui texto.

Soy texto y muero en las orejas del silencio,
entre las uñas de un renglón apócrifo,
un renglón insólito, un vaso para beber el tiempo,
ese tiempo escrito desde antes en una distancia
que no existe, que no está, pero que hizo de mí
lo que hubo. Volver. Volver a decirlo todo.

Volver a escribir desde la grieta.

Volver atrás multiplicándome,
extendiéndome por calles y bulevares,
por hojas que invento en la madreselva,
en la madreperla de mi ser y su mar que se lee
desde mí descuartizadamente, renovadoramente,
en lo que no está y no fue, jamás estuvo: Arcadia.

VÍBORA

i

Y dije *víbora* y me vi desenroscada, cardial y única,
carnavalesca y dicha, más viva por el árbol simple
de la lengua, más pronta entre los gestos de cuanta
sangre

salida de mis ojos en un punto de-qué-cosa, en
la raíz
certera de cuánto-se-hace-uno en ese tiempo solo
en que se inscribe el miedo entre los pliegues de
la dermis.

Y luego, la carne fija en tinta, me aglutiné
imaginada a ser
lo que yo soy en esa realidad entre la hierba
concebida
en demasiada sombra, en demasiada hambre

buscando el grito sin remedio, los labios ya muy
juntos
donde hay lo que se exalta y se repite, se enrolla
en sí
cambiando siempre en la natura para decir:
soy lengua.

Fui lengua en otra escala resquebrajada y dulce
para ser goce de boca, placer del habla que fulgura:
dije *víbora* y fui amplia, opulenta, pájara cierta

desnuda al cielo, niebla labializada y dicha: vuelta
a decir niña en el animal de sombra, en el espacio
oscuro
en ese grito escrito donde se lee de lleno: *poema*.

ii

Sangre en la vena cava. No soporta los hurtos.
Sangre venosa en la parte anterior, rápida en
el tropel
en esa deglución de una palabra incierta en otra
y otra...

o en esa parte blanda donde se bebe el desamparo
de una idea que nos contiene a todos, nos dilata
y subyuga ante el silencio de una figura indivisible:

el verbo, el verbo puro. El corazón se sacia, vence
los sueños máteres bajo el cristal de los colmillos
como un sol oscuro y húmedo lleno de nada y
tiempo. Tiempo

que descoagula, se extiende más allá de aquellos
páramos,
se deshabita y se enturbia en la cabeza. Beben sus
labios
ávidos de otros números, decantaciones, profecías
en el agua:

como una nube densa te formaste barroca y
resurgida,
tu nombre caído en el galope de lo más fácil como
insistencia,
el arrepentimiento corrompido en tu sintaxis.
Las nevaduras

generan género y distancia, son parte de otro
idioma, umbral
de acentos y de sílabas donde respinga esta otra
ira innata
que esplende una nueva fornicación entre tus páginas.

iii

Poema el mundo hasta volverse único, pervivo
bajo el idioma en tiempo, protuberante y acertado
junto a los logros dónde, cuando se mezcla ahora

y si se avanza en madres, madres que se deslíen
y hablan susurrantes y salivosas, más vivas todas
entre los troncos de una idea violentada.

Trechos enmascarados por oros musgos, maderas
rotas, cerraduras de tantos los cielos secos
aferrados en esa piel turbia y escrita.

¿Hasta dónde lo que se ve se escucha
como un aullido (sácalo) casi en lo lejos (pronto),
casi deseado (dilo) como una felicidad que irradia?

Lo que no está es sólo un vaho en síntesis
profano y dicho, pensado en éter para la rana
muerta
como si fuera una argamasa próxima a qué sitios

y dónde se purifica el todo en el consuelo hueco
de siempre entre tus partes sombras de ser animal
sitiado por otro animal aquí en el miedo de mi
boca.

iv

Chúpame lenta, enclava tus sílabas y canta.
Cántame. Sé de mí círculo y abandono. Idea.
Destello del sol en mi cabeza. Áurea de mí,

centrada y siempre verdadera. Mítica gorgona,
esculpe tu lengua bífida por mis curvas
y entroniza todo lo conocido que enamora.

Unta el amor en tu hálito. Solloza.
Deja que escriba yo sin miedo ni pánico,
que me descuelgue más allá de la rama más larga

y que escuche tu sintaxis primera, tu sueño
tan amoroso de bala en el monte enterrada,
ínflame al viento jugueteando en mi nombre

hasta preñarme tanta, como una idea vasta
y redonda, una sola que me cubra
y denuncie la luz ya separada de la esfera.

Entonces digo: cuánta la sangre misma
por mi cuerpo, cuánto el misterio que respira
en capas y capas de palabras: escribo.

v

Hay hijos viejos alcanzados ya por otros vértigos.
Ángeles sin espejos, nadies que buscan la miseria
de un canto, el hambre de una hipótesis innecesaria.

Nada sirve, todo es saber morir entre las líneas
ávidas
de una primicia bífida:::
Guardo a una niña ancestral en mi cama. Me pica.

Filamentos entre sus ojos donde respira un río invisible
en un gesto. Uno solo. Uno como un lento murmullo
que envenena. Ahora, su lengua clama por nuevos
paraísos.

Extremos de un mundo donde los perros pierden
su hueso de noche. Fue noche cuando se escucharon
cuchicheos de hombres sordos en los pasillos.

Ya no hay poema. Todo se va poniendo sobre
ladrillos,
entre las uñas de los muertos. Cantos junto a
la piedra,
el botón de fuego de un mex-mex auténtico.
Y basta.

Todo es suficiente en el paladar anónimo. Y no
hay extremos.
Sólo una brisa como un heraldo de madre abierta,
madre cd,
madre poema, novicia fornicadora, víbora desterrada,
mía:

vi
Mátala, exprímela, sácale todo el jugo.
Deja que no se arrastre en la conciencia.
Chupa su luz de viento, escúrrela. Dile adverbio,
verbo, sintaxis trunca, vieja acabada: majadera.
Piérdela al filo de su figura. Detenla.
Dile que ya no hay savia, ni jugo, ni letra.

Una gruta es su lengua, un recipiente abierto.
Su sed es tierra. Su ausencia. Sombra su corazón,
cáscara, sutura de la tierra seca. No tiene orejas,

pero escucha, escucha bajo las piedras lisas
escondida junto a un pubis sin sexo. Ranura sin
espera
ni hijas, gajo de gesto húmedo, la víbora

es pensamiento, razón endurecida, hueco de un dios
áspero y pardo, falible y poroso, chacharero,
muela en el llano, padre, padre, dije *padre*

vine a decirte lo que me dijo madre que te dijera
entonces, todo se dice cuando claudica el tiempo,
silba en su redoble y se enclava en la garganta.

ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA	3
<i>José María Espinasa</i>	
NOTA BIOBIBLIOGRÁFICA	6
ARCADIA	7
VÍBORA	33

María Baranda, Material de Lectura, serie Poesía Moderna, núm. 213, de la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM, se terminó de imprimir el 21 de junio de 2017 en los talleres de Gráfica Premier, S.A. de C.V., Calle 5 de Febrero 2309, colonia San Jerónimo Chicahualco, Metepec, Estado de México, 52170. Se tiraron 1 000 ejemplares en papel Cultural de 75 gramos. La composición se hizo en tipos Officina Serif Book de 8, 11 y 15 puntos. La edición estuvo al cuidado de Martha Santos.